

Iker Casillas, tras ganar el Príncipe de Asturias de los Deportes:

«Este premio es también de la gente que está detrás»

'Purito' Rodríguez, ciclista, sobre el ataque de contador:

«Nos ha sorprendido a mí y a Valverde»

EL VISOR



Manifestación a favor de los presos de ETA

Miles de personas se manifestaron en San Sebastián para exigir el cumplimiento efectivo de la libertad condicional concedida el día 30 al preso de ETA enfermo de cáncer Iosu Uribetxebarria Bolinaga.

DE REBOT

Colaboran en esta sección: Joan F. López Casasnoves, Josep M^a Llauredó, Llorenç Capellà, Pere Antoni Pons, Guillem Frontera, Melcior Comes

Rajoy i la realitat



PERE ANTONI PONS

És gairebé impossible que un polític estigui a l'alçada de les expectatives que va generar abans d'obtenir el poder. La història és plena de polítics prometedors que, després de governar durant un temps, només varen deixar darrere seu un rastre espès de decepcions unànimes. El darrer nom que s'ha d'apuntar a aquesta llista fatal és el de Barack Obama, molt millor que el seu predecessor però que, ai, no ha

pogut arreglar el món tal com pareix que molts il·lusos confiaven que faria.

Les úniques excepcions d'aquesta diuem-ne maledicció constitutiva de l'alta política ens les ofereixen uns pocs polítics que governaren en situacions extremadament complicades, durant les quals la gestió del dia a dia va ser molt menys important que la fortaleza moral, l'heroisme i la capacitat de convocar els millors àngels de cada un dels propis conciutadans. Winston Churchill durant la II Guerra Mundial, per exemple.

És un problema que els polítics, després d'arribar al poder, sempre decebin? No, simplement és la vida. Els bons polítics són aquells que, després de suscitar entusiasme i d'enlluernar-nos amb el fulgor dels seus ideals, pacten amb la realitat sense traïr-los del tot. M'ha fet pensar en això una frase que Mariano Rajoy va dir la setmana passada: «La realitat me ha impedito cumplir mi programa electoral». I què s'esperava? Que la realitat li ho posaria fàcil? Una excusa tan patèticament elemental només fa que deixar-lo en evidència.

Eros y monjas



HÁZEL GONZÁLEZ

Que nadie se asuste antes de tiempo, puesto que a pesar del título, voy a hablar de algo mucho menos escabroso de lo que parece a primera vista. El asunto es el siguiente:

resulta que sor Margaret Farley, una monja de 77 años miembro de las Hermanas de la Misericordia de las Américas y profesora emérita de la Universidad de Yale, publicó en el año 2006 un libro titulado *Just love. A framework for Christian sexual ethics*, en el cual, entre otras cosas, esta religiosa no sólo aceptaba la masturbación femenina, sino que además la considera beneficiosa para la salud. Citando sus propias palabras, sor Farley opina que la masturbación femenina «generalmente no implica ningún problema moral en absoluto», y además, «muchas mujeres han hallado mucho bien en darse placer a sí mismas», por lo que «de este modo, puede decirse que la masturbación, en realidad, es más una ayuda que un impedimento para las relaciones.»

Y eso es todo. Es decir, esa es la noticia que justifica el título de esta columna. Quizás haya alguien que ha comenzado a leerla atraído por la curiosidad, y que ahora mismo esté pensando que bueno, que tampoco es para tanto, y que una información así no justifica semejante título... Pero lo curioso del caso no es precisamente esto, sino la reacción oficial del Vaticano, quienes con una notificación aprobada expresamente por el Papa, condenan tanto el libro como las declaraciones, acusando a la monja de vulnerar la doctrina católica, y alertando incluso de un peligro de cisma. Y digo yo: ¿seguro que hablar de masturbación es motivo para un cisma ideológico de tales proporciones? ¿No habrá temas más teológicos para entrar en semejante terreno?

A veces, uno no puede evitar pensar que hay personas que se toman las palabras (ya sean titulares o declaraciones) demasiado a la tremenda.



EL SACAPUNTAS

La oposición siria denuncia que siguen las matanzas de civiles

Publicado en UH el 02 de septiembre

El régimen no se inmuta ya que la comunidad internacional no hace nada para evitarlo, así que el Ejército campa totalmente a sus anchas.

Cristóbal Serra, erudito ermitaño de Palma



ROSER AMILLS
Escritora y periodista

Iba a cumplir 90 años uno de los autores más originales de la segunda mitad del siglo XX. Doy fe de que sabía sonreír.

Me abrió en varias ocasiones, en Palma, su oasis de libros, cuadros, cortinas alegres. Fue estimulante encontrar un autor de su talla tan discreto y humilde, enaltecido por Juan Peruchó, Pere Gimferrer, Antonio Beneyto, Carlos Edmundo de Ory, Antoni Serra y otros iniciados, el «ermitaño de Palma», sobrenombre aportado por Octavio Paz: «Habita el secreto con la misma naturalidad que otros nadan en el ruido. No es ni dragón, ni caballero andante, ni filósofo gimnosofista ni hechicero. Sabe sonreír y esa sonrisa lo aparta de los hombres modernos».

Qué privilegio charlar con este autor tan poco dado a la vida social. Su nombre ahora va de boca a oreja por el mundo entero y su obra será por fin reconocida como merece. Él le daba la vuelta, «por algo será que han interesado mis escritos a algunos», mientras encendía una lámpara, «como buen mallorquín, en verano, tengo durante el día todas las persianas bajadas».

Tuvo que complacer a la familia, «soy radicalmente pacifista», y terminó en el Madrid de la postguerra licenciado en derecho: no le dejaban asistir a clase por no sabe qué cuestiones políticas, el profesor decidió atenderle en casa y aprobó, pues «la vida a veces es así de chistosa». Tras varios trabajos (en hostelería, traduciendo cartas comerciales...) se licenció de nuevo, Filosofía y Letras, participó en tertulias y conoció a Gertrude Stein y el taoísmo. Preguntó mi fecha de nacimiento y proseguimos, los libros enfrente aliñados sobre su secreter, me los acercaba

de uno en uno y desovillaba misterios. Tenía la luna, Venus y la luna en su carta astral, de ahí su carácter acuático. Y también Saturno, «que me dio la melancolía».

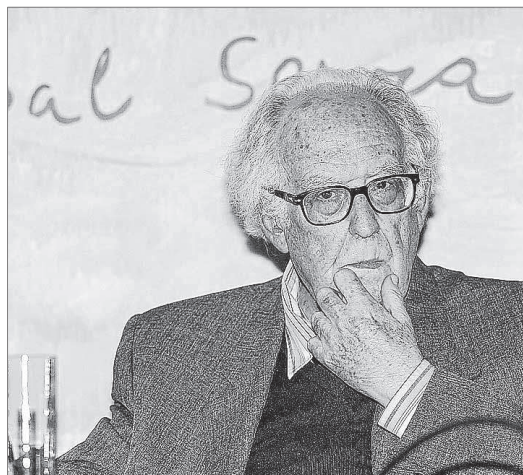
Observé sus correcciones, a lápiz y al margen —Antoni Serra me contaría ese mismo día que pecaba, quizás, de un exceso de perfeccionismo— y me confesó que no escribía, que ya había escrito mucho y se estaba tomando un descanso. Comentamos la tormenta digital y la crisis. Bajó la cabeza, con media sonrisa, «las

berintos; se levantó en varias ocasiones para mostrarme algunos libros más, nos detuvimos en *Álbum Biofotográfico*, con fotos de su infancia, hiló sus años de estudio e inspiraciones, el porqué de ser escritor. Y Blake y Papini, los mundos imaginarios que ideó para soslayar la falta de salud que le impidió viajar cuanto hubiera deseado y el brillo luciferino de la mirada de Hitler, tan semejante a la de los murciélagos, luciferinos también. Hallaba rasgos ocultos en los ojos, de momento yo le había caído bien. «A lo largo de mi vida me ha costado permanecer quieto, he cambiado muchas veces de casa, pero ninguna de mujer», suspiró. Enviudar asentó su melancolía.

«De los cinco a los diez años, fueron los años más importantes, porque el mar me brindó su compañía y gracias a su influjo se abrió mi inteligencia y fui menos tardo de lo que tenía que ser por temperamento. Las aguas salobres me prestaron cierta «sal», en el sentido kierkegardiano».

Y cartas que intercambió con Octavio Paz, Larrea, Carlos Edmundo de Ory, la entrevista que le hizo Víctor Amela para la Contra de *La Vanguardia* y que a Serra le encantó, referencias a compañeros de aventuras como Antonio Beneyto, al que nombró mago y al que compró su primer cuadro.

Toda admiración es poca. Volví a hablar con él, por teléfono, a mediados de agosto: tras una caída se había agravado su estado, permanecía en cama y no podía leer porque se mareaba. Inquieto, no mejoraba. Nos despedimos, con la propuesta de vernos en octubre. Muchos intentarán divulgar su labor discreta, pacífica y un poco escondida, tan a la espera. Por si despertamos.



“Observé sus correcciones, a lápiz y al margen y me confesó que no escribía, que ya había escrito mucho y se estaba tomando un descanso”

crisis y las guerras no son más que ciclos». Desfilaron el asno y Juan Ramón Jiménez, Quevedo y Cirlot, el mar, las mariposas, Walter Benjamin, el humor negro y los la-